

¿Qué culpa tiene el tomate?

M^º José Poblet Martínez

Ingeniero Agrónomo

Aunque no es precisamente la inflación el mayor problema económico que se presenta en los hogares en estos momentos, la subida de precios siempre nos preocupa. Es frecuente escuchar o leer en los medios de comunicación que el Índice de Precios al Consumo (IPC) ha aumentado porque han subido los tomates o las patatas o los limones, por ejemplo. Estas informaciones transmiten una errónea sensación de que si queremos ahorrar debemos evitar consumir precisamente esos productos. Sin embargo en esa decisión no tenemos en cuenta algunos aspectos sobre los que es conveniente reflexionar.

La cesta de la compra que se toma de base para el cálculo del IPC contiene 484 artículos, de los cuales 171 (35%) son del grupo de alimentación y bebidas no alcohólicas. La ponderación en el cálculo que se atribuye a dicho grupo es del 22,28%. Los otros grupos que más influyen son el transporte con el 14,91% (incluye compra de vehículos) y la vivienda con el

10,71% (sólo incluye alquiler y mantenimiento). Por ello los cambios en los precios de los artículos del grupo de alimentación influyen el doble en el IPC que los del grupo de vivienda.

El error está en creer que el valor del IPC refleja la distribución del gasto de los hogares, pues son conceptos diferentes. En los últimos tres años, el gasto anual de los hogares españoles en alimentación se ha mantenido casi constante, alrededor del 14,4%, lo cual significa que hemos gastado en otros artículos diferentes de la alimentación el 85,6% de nuestro presupuesto. Y en concreto en el año 2009 la vivienda consumió el 29,4% del total del presupuesto familiar.

Estos datos son coherentes con el nivel de desarrollo económico de nuestra sociedad. Por ejemplo en el año 1968 los españoles desatinaban a alimentación el 49% de su presupuesto familiar. En aquel momento casi la única forma de apretarse el cinturón era reducir en alimentación (en calidad, en cantidad o en ambas).

El sistema actual de cálculo del IPC permite que se ajusten los datos a la realidad del consumo, aunque con al menos dos años de retraso. Pero el problema es que, al excluir las inversiones y dada la importancia que tiene la compra de vivienda en España, el IPC difícilmente puede reflejar la realidad de las variaciones del gasto de

las familias. De hecho, tal y como reflejan los datos, se sobrevalora el peso de la alimentación en los hogares.

Es probable que, antes de lo que esperamos, empiece a preocuparnos la inflación y escucharemos o leeremos que la culpa de no llegar a fin de mes es del precio de los tomates o limones o patatas. Recordemos entonces los datos: el coste de la alimentación en un hogar medio en España es de un 14% del presupuesto familiar, no del 22% que supone el IPC, ni del 35% del número de artículos de la cesta de la compra oficial.

El precio de los productos agroalimentarios, su formación, oscilaciones, distribución entre diferentes agentes... se desenvuelve en un escenario muy complejo que debe analizarse en profundidad. No introduzcamos más sombras en ese escenario ni sobrecarguemos al sector con una leyenda injusta, atribuyendo a sus precios una responsabilidad excesiva en el conjunto de la economía y en el estado de nuestros bolsillos.

«No sobrecarguemos al sector agroalimentario con una leyenda injusta, atribuyendo a sus precios una responsabilidad excesiva en el estado de nuestros bolsillos»